

Propuestas de jornadas académicas sobre procesos de lectura y escritura para la Universidad de Los Andes Venezuela

Blanca Yaneth González Pinzón
Licenciada en Filología e Idiomas – Universidad Nacional de Colombia
Magíster en Desarrollo Social y Educativo – Universidad Pedagógica Nacional CINDE
Directora del programa de Lectura y Escritura Académicas de la Universidad Sergio Arboleda de Bogotá

Nombre:	Fecha:
---------	--------

La siguiente es una prueba de lectura y de escritura que tiene como fin identificar las destrezas del aspirante para la interpretación y composición de textos.

Lea el documento que se presenta a continuación y:

- 1. Redacte en una oración de no más de 40 palabras cuál es la tesis o planteamiento central.
- 2. Redacte un texto de mínimo cinco párrafos en el que haga un comentario acerca de su contenido.

Es imposible ganar la guerra contra las drogas

Autor: George Soros
Traducción: Adriana de la Espriella.
Publicado en Revista *El Malpensante*,
Bogotá, No 25, (septiembre 16 – octubre 31 del 2000):
pp. 53-57.

Como muchas personas, me sentí muy complacido el pasado mes de noviembre cuando los votantes de California y Arizona aprobaron, por márgenes importantes, dos propuestas de iniciativa popular que representan un cambio en la dirección de nuestras políticas frente a las drogas. La iniciativa de California legalizó el cultivo y el uso de la marihuana con fines médicos. La iniciativa de Arizona fue más lejos al autorizar a los doctores a prescribir cualquier droga para fines médicos legítimos, y obligar la asistencia a tratamiento, sin encarcelamiento, para quienes sean arrestados por posesión ilegal de drogas. También hizo más severas las penas para delitos violentos cometidos bajo la influencia de drogas.

Estos resultados son significativos tanto en términos de su impacto inmediato como en cuanto que sugieren que los norteamericanos están comenzando a reconocer la futilidad de la guerra contra las drogas y la necesidad de pensar en caminos alternativos de manera realista y abierta.

Nuestros encargados de combatir las drogas respondieron oprimiendo el botón del pánico. El zar antidrogas, general Barry McCaffrey, afirmó que "estas propuestas nada tienen que ver con la compasión; tienen que ver con la legalización de drogas peligrosas". Fui severamente atacado por haber apoyado estas iniciativas con recursos financieros. Joseph Califano me describió en *The Washington Post* como el "papá combate-dinero de la legalización de las drogas" y me acusó de "engatusar" a los votantes con publicidad • engañosa. En las audiencias del Congreso presididas por el senador Orrin Hatch (de Utah) se denigró contra mí, y en el *New York Times*, A. M. Rosenthal llegó a insinuar que yo represento un nuevo tipo de "dinero de las drogas". Debo rechazar estas acusaciones.

No estoy a favor de legalizar las drogas fuertes. Estoy a favor de una política más sana frente a las drogas. Me preocupa, tanto como a cualquier padre responsable, alejar a mis hijos de las drogas. Pero creo firmemente que la guerra contra las drogas le hace más daño a nuestra sociedad que el consumo mismo. Permítanme explicar mi punto de vista.

Me involucré en el tema de las drogas a raíz de mi compromiso con el concepto de sociedad abierta. La sociedad abierta se fundamenta en el reconocimiento de que actuamos sobre la base de un entendimiento imperfecto y de que nuestros actos tienen consecuencias no buscadas. Nuestras estructuras mentales, así como nuestras instituciones, son defectuosas de una manera u otra. La perfección es inalcanzable, lo cual no es razón para la desesperanza. Por el contrario, nuestra falibilidad deja un campo infinito para la innovación, la invención y el mejoramiento. Una sociedad abierta que reconoce la falibilidad es una forma de organización social superior a una sociedad cerrada que afirma haber encontrado todas las respuestas.

Durante las últimas dos décadas, he dedicado gran parte de mi energía y de mis recursos a promover el concepto de sociedad abierta en los países que dejaron de ser comunistas. He comenzado a prestarle más atención a mi país adoptivo, Estados Unidos, porque creo que la sociedad relativamente abierta de la que disfrutamos está en peligro. (No hay nada nuevo en este peligro; estar siempre en riesgo es una característica de las sociedades abiertas).

Las políticas contra las drogas constituyen un magnífico ejemplo de consecuencias adversas no buscadas. Quizá no existe otro campo en el cual nuestras políticas públicas hayan producido un resultado tan profundamente contradictorio con la intención inicial. Pero los que se empeñan en la "guerra contra las drogas" se niegan a reconocer ese hecho. Consideran que cualquier crítica es subversiva. A sus ojos, sugerir la posibilidad de que la guerra contra las drogas pueda ser contraproducente, equivale a una traición. Su reacción frente a la aprobación de las propuestas de iniciativa popular sobre drogas en California y Arizona confirmó esta postura.

Me gustaría dejar claro cuál fue mi papel en las propuestas de iniciativa popular. Contribuí con aproximadamente un millón de dólares, que representa entre el 25 y el 30% del total de contribuciones. No estuve involucrado en la planeación ni en la ejecución de ninguna de las dos campañas, así como tampoco en la redacción de las propuestas. Quienes se preocupan por el papel que desempeñó el dinero en estas campañas, deberían centrar su atención en las enormes sumas de dinero de los contribuyentes que gastaron los funcionarios del gobierno que se opusieron activamente a la aprobación de las propuestas.

Puedo entender muy bien, sin embargo, por qué quienes luchan contra las drogas se inquietan por mi participación. Yo no uso drogas. Intenté y disfruté la marihuana, pero nunca se me convirtió en hábito y no la he consumido en muchos años. He sufrido mi cuota de ansiedad por el consumo de drogas de mis hijos, pero afortunadamente no fue un problema serio. Mi única preocupación es que la guerra contra las drogas le está causando un daño indecible al tejido social. Creo que una América libre de drogas es un sueño utópico. Algún tipo de adicción a las drogas o abuso de sustancias es endémico en la mayoría de las sociedades. Insistir en la erradicación total de las drogas sólo puede conducir al fracaso y a la decepción. La guerra contra las drogas no puede ser ganada; pero, igual que la guerra de Vietnam, ha polarizado a nuestra sociedad.

Y con el tiempo, sus efectos adversos pueden ser aún más devastadores. Penalizar *el* abuso de las drogas hace más mal que bien: impide hacer tratamientos efectivos y conduce al encarcelamiento de demasiadas personas. Nuestra población carcelaria y penitenciaria —actualmente se acerca a los dos millones— se ha duplicado durante la última década y más que triplicado desde 1980. El número de personas que están detrás de las rejas por violaciones a las leyes sobre drogas ha aumentado ocho veces desde 1980, hasta llegar aproximadamente a unas 400.000 personas.

Nuestras políticas contra las drogas son especialmente severas con los negros. La guerra contra las drogas ha aumentado considerablemente el índice de encarcelamiento entre los jóvenes de esta raza, hasta el punto de desestabilizar las estructuras familiares en nuestras ciudades y aumentar el número de familias con un solo padre. Uno de cada siete hombres negros ha sido privado de sus derechos, de manera permanente o temporal, debido a sanciones penales. El sida es la primera causa de muerte entre los adultos negros de 25 a 44 años, y la mitad de esos casos son ocasionados por inyecciones de droga. Al mismo tiempo, el hecho de considerar delincuentes a los drogadictos inhibe las posibilidades de adelantar tratamientos adecuados. Docenas de miles de personas están tras las rejas —con un costo significativo para ellas, sus familias y los contribuyentes—, en vez de estar en programas de tratamiento para la drogadicción, que son menos costosos y más efectivos. Inclusive se desestimula el tratamiento con metadona y el intercambio de agujas.

Hay indicios de que nuestras políticas prohibicionistas han aumentado las enfermedades y las muertes relacionadas con las drogas, y hay evidencias del impacto que han tenido sobre el índice de delitos. Restringir el acceso a jeringas esterilizadas facilita la propagación del VIH y de otras enfermedades. Los drogadictos consumen altísimas dosis de drogas callejeras cuya pureza y potencia son desconocidas, y cuyo consumo los lesiona o les causa la muerte, colocando una gran carga sobre los sistemas de salud.

Al concentrar los recursos de manera desproporcionada sobre la interdicción del suministro de drogas, se ignoran los principios económicos básicos. Mientras la demanda y las ganancias sean altas, no hay manera de cortar el suministro. Siempre habrá muchas personas dispuestas a correr el riesgo de ser encarceladas a cambio de la oportunidad de obtener mucho dinero.

Es más fácil, naturalmente, identificar qué está mal de las políticas actuales que diseñar unas mejores. No pretendo saber cuál es la política correcta contra las drogas, pero sí sé que la política actual está equivocada. Un enfoque más razonable sería el de tratar de reducir el suministro y la de-

manda, y tratar de minimizar los efectos nocivos del abuso y del control de las drogas. Soy consciente de que deberíamos estar dando, por lo menos, algunos pasos: poner la metadona y las jeringas estériles a disposición de los adictos; levantar las prohibiciones penales y las sanciones para médicos y pacientes que tratan el dolor y las náuseas con cualquier droga que funcione; reservar las celdas de las cárceles y prisiones para los delincuentes violentos y los traficantes de droga depredadores, y no para los adictos no violentos que están dispuestos a someterse a un tratamiento; explorar nuevas formas de reducir los daños causados por el uso de las drogas y por las políticas prohibicionistas.

Si la opinión pública estuviera lista para ello, apoyaría acciones para "hacerle un hueco" al mercado negro de las drogas, poniendo la heroína y algunas otras drogas ilícitas a disposición de drogadictos registrados, y previa prescripción médica, y a la vez desmotivando a los no adictos a través de la condena social, la difusión de información razonable y persuasiva sobre los daños causados por las drogas y, en la medida en que sea necesario, a través de sanciones legales. Si los suizos, los holandeses, los británicos y cada vez más países pueden experimentar con nuevos enfoques, también los Estados Unidos pueden hacerlo.

No todos los experimentos han sido exitosos. El fracasado intento de regular un mercado de drogas al aire libre a comienzos de los noventa en Zurich llegó a ser conocido como el "Parque de las agujas" y le dio mala reputación a la ciudad. Pero las iniciativas recientes de Suiza han tenido más éxito y han suscitado un apoyo público general. El experimento de la prescripción nacional de heroína ha demostrado ser extraordinariamente efectivo para reducir el consumo ilícito de drogas, las enfermedades y el crimen, y ha ayudado a muchos adictos a mejorar sus vidas. Los votantes suizos aprobaron esta iniciativa en referéndums locales.

Nuestra prioridad debe ser disuadir a los niños de consumir drogas. Incluso la marihuana puede ser lesiva para el desarrollo mental y emocional de un joven. Pero satanizar las drogas puede aumentar su atractivo para los adolescentes, pues la rebelión es con frecuencia un impórtame rito de transición hacia la adultez. Y debemos ser especialmente cuidadosos de no exagerar los efectos nocivos de la marihuana, porque podríamos menoscabar la credibilidad de las advertencias frente a las drogas más fuertes. En términos generales, la reducción del énfasis en el aspecto penal del consumo de drogas debe ir acompañada de más, y no menos, condena social por la cultura de las drogas. La educación y la desaprobación social del cigarrillo han sido mucho más exitosas que la guerra contra las drogas. Estados Unidos es un líder mundial en la reducción del número de fumadores, y simultáneamente, uno de los perdedores mundiales en el manejo del abuso de las drogas.

Infortunadamente, el clima para una política frente a las drogas equilibrada es adverso. Los defensores de la cruzada por la prohibición y la disuasión —Rosenthal, Califano, McCaffrey y otros— se oponen a una discusión razonable. Insisten en que la única solución al problema de las drogas es la "guerra contra las drogas", y para ellos quienes critican las políticas actuales son enemigos de la sociedad. Muy pocos funcionarios elegidos se atreven a provocar la ira. La histeria ha remplazado el debate en el discurso público.

La introducción de una nota de sanidad en las políticas contra las drogas quedó en manos de los votantes de California y Arizona. Califano afirma que fueron engatusados pero, al hacerlo, revela un esquema mental totalitario. Su aseveración de que los votantes de Arizona y California no sabían por qué estaban votando cuando apoyaron las dos iniciativas me recuerda la reacción del presidente serbio Slobodan Milosevic ante los resultados de las recientes elecciones en ese país. Con frecuencia, los defensores de políticas fracasadas pretenden conocer mejor lo que les conviene a los votantes que los votantes mismos.

Los votantes de Arizona y California demostraron que es posible apoyar políticas más sensibles y compasivas frente a las drogas, y al mismo tiempo ser severo con ellas. Espero que otros estados sigan su ejemplo. Estaré complacido de apoyar (con dólares después de haber pagado impuestos) algunos de estos esfuerzos, y espero que llegue el día en que las políticas de control de las drogas reflejen mejor los ideales de una sociedad abierta.